

ROHBECK, J., *Aufklärung und Geschichte. Über eine praktische Geschichtsphilosophie der Zukunft*, Berlín, Akademie Verlag, 2010, 249 pp.

Si bien Johannes Rohbeck se había ocupado ya de la posibilidad de rehabilitar la Filosofía de la Historia en su *Technik - Kultur - Geschichte. Eine Rehabilitierung der Philosophie der Geschichte* (Frankfurt, 2000) y, apoyándose en este análisis, había concretado este proyecto mediante la incorporación al discurso filosófico-histórico tanto de ideas metodológicas propias del historicismo como del potencial crítico de la posthistoria en el apéndice a *Geschichtsphilosophie zur Einführung* (Hamburg, 2004), era necesario aún un tercer momento que pusiera de manifiesto la actualidad e importancia sistemática de las ideas ilustradas sobre la historia para encaminar los pasos de esta rehabilitación. La obra que nos proponemos reseñar aborda este desafío de modo programático en sus aspectos fundamentales. Bajo la forma de una revisión de las exposiciones tópicas de la filosofía de la Ilustración y mediante una reelaboración de conceptos propios de la historia conceptual de Reinhard Koselleck, Rohbeck

busca restaurar aquellas partes importantes de la Filosofía de la Historia que hacen posible de nuevo una reflexión filosófica atenta a los contenidos del devenir histórico. La finalidad principal es, como el propio Rohbeck ha expuesto en otro lugar, la constitución de una filosofía crítica de la historia, capaz de «sacar a la luz los impagos de la historia para poder cambiar las condiciones actuales de vida de acuerdo con criterios éticos»¹. Y ello no como una rehabilitación de todos los aspectos típicos de la filosofía de la historia, sino únicamente a partir de aquellas ideas irrenunciables para esta disciplina, tal y como las desarrollaron los autores del siglo XVIII, a saber: las ideas de historia universal, futuro, contingencia y teleología.

Frente al tópico de una crisis de la filosofía «material» de la historia tras el giro lingüístico y su reducción efectiva a mero análisis narrativo de estructuras temporales o a una mera semiótica de los conceptos históricos, Rohbeck cuestiona la plausibilidad de que el discurso filosófico sobre la Historia pueda ser sustituido de manera definitiva por temas meramente formales. La rehabilitación de la filosofía de la Historia a la que asistimos en *Aufklärung und Geschichte* gira en torno a dos problemas. En primer lugar, el de la recuperación de la materialidad del discurso filosófico de la historia sin dejar a un lado las cuestiones metodológicas ni olvidar las críticas arrojadas por la posthistoria o el historicismo. En esta perspectiva la relación entre Ilustración y Modernidad (capítulo 1), Explicación y Relato (capítulo 3), Naturaleza e Historia (capítulo 4),

o Evolución e Historia (capítulo 5) reciben una especial atención como nudos conceptuales en torno a los cuales se vertebrarían los que podrían considerarse filosofemas propios de la disciplina. En segundo lugar, la rehabilitación de una reflexión filosófica sustantiva sobre la Historia pasa por modificar radicalmente la idea de futuro, considerándola bajo la forma de un espacio proyectivo de carácter práctico que «bajo determinados presupuestos puede considerarse como Historia» (p. 10). Esta modificación aseguraría la apertura de un horizonte práctico de la disciplina y la haría desembocar en la ética, al incorporar problemas normalmente adjudicados a la filosofía moral, como el de los plazos de responsabilidad o la responsabilidad moral entre generaciones. El título de la obra implica, por tanto, una doble perspectiva: los primeros cuatro capítulos exponen la parte histórica, que arranca de la Ilustración como época filosófica en la que el concepto de Historia se conceptualizó con una clara referencia hacia el futuro; mientras que los cuatro últimos, de carácter eminentemente sistemático, elaboran las ideas de espacio global, tiempo histórico y ética del futuro, como ejemplos de la vigencia filosófica de las distintas filosofías de la historia presentes en la Ilustración.

En la parte histórica Rohbeck dedica el primer capítulo a establecer las coordenadas generales con respecto a las cuales cabe conceptualizar la multiplicidad latente bajo la supuesta unidad de la Ilustración, con la finalidad de atajar las críticas globales a este período filosófico que lo estilizan hasta hacer de él un mero principio general de carácter totalitario o instrumental, en consonancia con la exposición de Adorno y Horkheimer en la *Dialéctica de la Ilustración*. Rohbeck mantiene aquí la tesis de que ni los críticos de la

1. ROHBECK, J., «Por una filosofía crítica de la historia», en: *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 36 (enero-junio de 2007), p. 70.

Ilustración ni sus defensores han tenido en cuenta la distinción entre el racionalismo propio del siglo XVIII y la filosofía específicamente moderna del siglo XVIII, consistente en «el retiro de las pretensiones explicativas racionalistas, la negativa ante sistemas metafísicos y la orientación hacia lo empírico y sensible, así como la salvaguarda de los límites de una razón pura especulativa» (p. 50). La experiencia, a mediados del siglo XVIII, del fin de los viajes de descubrimiento y la sistematización de la existencia simultánea de distintos grados de desarrollo civilizatorio en el mismo lugar conllevaron una ruptura teórica que desembocó en la constitución de la filosofía de la historia como un tipo de discurso «moderno». Para Rohbeck, ya en aquel momento histórico se distinguió entre Ilustración –cuya preocupación fundamental gira en torno a la autonomía y emancipación del hombre–, modernidad –embarcada en la idea de respeto a la dinámica propia de los sistemas culturales– y postmodernidad, más atenta al reconocimiento de los fenómenos marginales y de las diferencias. Esto significa que las propias críticas posmodernas a la Ilustración configuran un estrato del proceso de modernización que encuentra su expresión filosófica ya en el siglo XVIII. Con esta tipología de la Ilustración Rohbeck pretende establecer criterios que permitan discutir su actualidad en los términos de un debate no viciado por simplificaciones polarizadoras, fruto de imágenes parciales de la realidad filosófica, así como una comprensión integradora del concepto mismo de modernidad.

El segundo capítulo desarrolla de manera ejemplar la idea de que ni hay una filosofía ilustrada de la historia, sino múltiples filosofías de la historia en la Ilustración, ni es posible aislar una única dirección en el pensamiento histórico de

la época. Rohbeck niega la tesis de un «comienzo teológico» de la filosofía ilustrada de la historia con Bossuet y su final secularizado en Condorcet, así como los esquemas dualistas que buscan alinear a los distintos autores bien en la fila de los defensores de la idea de progreso, bien en la de los detractores. Para Rohbeck existirían más bien centros temáticos de desarrollo de las distintas filosofías de la historia ilustradas –la idea de progreso, el programa de una historia universal o la teleología de la historia–, centros que concederían a las distintas reflexiones sobre el devenir temporal cierto «aire de familia», sin que pueda concluirse de ello que son especificaciones irrelevantes de un mismo género. Lo más importante en este sentido es que la Ilustración supuso la difuminación de los límites del esquema bíblico de la Historia como transcurso entre creación y Juicio Final, con la vida de Cristo como episodio central, y demostró que «la Historia es representable sin un mito del origen y sin escatología» (p. 56). En el lugar de un *eschaton* o un *telos*, la Ilustración colocará un horizonte de expectativa plural, un acervo de posibilidades realizables en virtud de la acción humana. Tras estas apreciaciones de carácter general, Rohbeck expone sucintamente las filosofías de la historia de Bossuet, Lafitau, Fréret, Goguet, Voltaire, Condorcet, Turgot y Diderot, prestando especial interés a las cristalizaciones temáticas a las que hemos aludido.

Mención especial merece la rectificación crítica de la idea de teleología en el capítulo tercero, que Rohbeck considera el problema central de la moderna filosofía de la historia. Esta reconstrucción utiliza dos argumentos: el primero, de carácter *defensivo*, y ateniéndose a la pluralidad de filosofías de la historia existentes en la Ilustración expuesta en el

capítulo anterior, busca dejar claro que las posiciones teleológicas constituyeron la excepción en la filosofía de la historia del siglo XVIII francés. En efecto, si puede rastrearse alguna teleología, esta solo es patente en la obra de Bossuet, solidaria aún de una concepción teológica del devenir temporal. Es sintomático que Fréret y Voltaire, quienes se opusieron a esta perspectiva, no desarrollaran ninguna teleología alternativa. Asunto distinto es la filosofía alemana, donde, como es sabido, el «propósito de la Naturaleza» kantiano o la «astucia de la razón» hegeliana suponen desarrollos clásicos de este problema. El segundo argumento, de carácter *ofensivo*, constituye en realidad una reconstrucción sistemática de la teleología en sentido crítico. Si desde el principio la teleología fue una construcción de carácter hipotético, esto es, la idea de que la historia transcurre *como si* estuviera dirigiéndose hacia algún fin, las distintas metáforas con las que se alude al sujeto ficticio de la Historia («genio», «razón», «propósito de la Naturaleza», «astucia de la Razón») son hipótesis heurísticas que buscan dar cuenta del transcurso de la historia. La tarea que se plantea aquí es la de explicitar la función de esas metáforas y la problemática compleja latente bajo las mismas. La posibilidad de una crítica a la teleología de la historia muestra que esta no se agota en sus componentes teleológicos, pero que, al mismo tiempo, la teleología supone una serie de problemas que es preciso reconstruir. Fundamentalmente, el problema de la teleología como modelo natural que permita explorar la relación entre Historia natural e Historia de la Humanidad. Esta reconstrucción tendrá dos momentos: en primer lugar, la exposición de la teleología como relato, en el que se analiza la relación entre relato y explicación dentro del ámbito histórico y,

posteriormente, el análisis de la contingencia en analogía con el psicoanálisis como aquello inconsciente presente en cualquier reflexión filosófica sobre la historia.

Pero es sin duda la parte sistemática de la obra, dedicada a explorar con mayor detenimiento la relación entre conceptos espaciales y temporales dentro del proyecto de una filosofía crítica de la historia como disciplina práctica orientada hacia el futuro, la que puede despertar un mayor interés para el lector. En el capítulo sexto, Rohbeck se ocupa del aspecto espacial de esta relación, enfocando la idea de globalización y el interés renovado por las ideas de historia global o historia universal desde una perspectiva eminentemente espacial. Su interés fundamental se centra aquí en extraer las consecuencias teóricas que, para la Filosofía de la Historia, puede arrojar esta revalorización del espacio como categoría histórica, bien como *spacial turn* del que habla la sociología, bien bajo la forma de una *Spacing Story* reivindicada por la historiografía contemporánea. Ambas expresiones acenúan, como es claro, los elementos geográficos del proceso histórico sobre los elementos propiamente temporales. Si bien este nuevo enfoque no había sido contemplado por la teoría de la historia de la segunda mitad del siglo XX ni por la narratología, está íntimamente ligado al proceso de globalización y las ideas ilustradas de «historia universal» o «historia global», entendidas como conceptualización del conjunto de acciones humanas globalmente consideradas y de las relaciones culturales existentes en el espacio histórico. En este sentido, si la historia no ha de contemplar únicamente el pasado, sino que está formada esencialmente por acciones humanas, «espacio y tiempo constituyen las condiciones de posibilidad de la historia» (p. 174).

Este regreso del espacio, debilitado como categoría histórica en parte debido a la geopolítica colonialista del siglo XIX y de la ideología nacional socialista del «pueblo sin espacio», pone en primer plano dos cuestiones que ha de incorporar una filosofía crítica de la historia. En primer lugar, y en relación con la cuestión de la materialidad del espacio, la imposibilidad de «borrar» las distancias espaciales en situaciones catastróficas o de emergencia, lleva consigo la necesidad de un mayor realismo en la filosofía de la historia, que considere «la materialidad espacial de la historia», o de una mayor atención, en el momento de escribirla, a fenómenos íntimamente ligados a esa materialidad espacial, como son los factores económicos, técnicos o ecológicos. En este sentido, la materialidad espacial implica la relativización de la idea de que «los hombres pueden “hacer” la historia de acuerdo con su razón», esto es, la asunción matizada de la tesis de la «indisponibilidad de la historia». En segundo lugar, se plantea la cuestión de la pluralidad de espacios, que Rohbeck expone a partir de la tesis koselleckiana de la *Gleichzeitigkeit der Ungleichzeitigkeit*. Rohbeck asume que el mundo globalizado del siglo XXI está viviendo una situación análoga a la del «momento bisagra» de la modernidad, pero que la experiencia central de tal momento, la «simultaneidad de lo no simultáneo», se ha radicalizado hasta convertirse en «coexistencia de lo no coexistente»: «la no simultaneidad se intensifica así con una no simultaneidad espacialmente experimentable» (p. 173). Encarar la globalización como un «espacio de cooperación global» plantea, ante todo, el problema de cómo pensar la conexión de esos espacios plurales y materializados. Para Rohbeck, «de esta respuesta depende que la idea de historia

universal y, con ella, la concepción de una filosofía de la historia sean susceptibles de rehabilitación» (p. 177). Plantear la globalización en términos globales implica, así, encarar el problema mismo de la restauración del discurso filosófico-histórico.

El capítulo séptimo está dedicado al análisis del tiempo histórico desde la idea de futuro. Aquí se trata de alcanzar un concepto integral de Historia que no incluya únicamente el pasado y el presente, sino también y de manera expresa, el futuro. Si se consideran las categorías de conciencia koselleckianas de «espacio de experiencia» y «horizonte de expectativa», la Historia puede adoptar ese perfil integral en el que se vinculan pasado, presente y futuro, pero abandonando su estructura de mero relato de las *res gestae*, para adoptar una fisonomía eminentemente práctica: historia será ahora «todo aquello hecho por los hombres en el pasado, el presente y el futuro» (p. 200). O mejor aún: «el pasado es la historia recordada; la historia del futuro se anticipa, esto es, se aguarda, se teme o se espera» (*loc. cit.*). Ahora bien, tal y como Koselleck ha interpretado la relación entre estos tres momentos, el futuro no sería más que un alargamiento del pasado, de manera que Rohbeck se plantea la necesidad de modificar estas categorías de tal modo que el futuro pueda aparecer como un espacio efectivo de posibilidades alternativas de acción. Este proyecto se lleva a cabo mediante una recuperación de la ontología temporal de los McTaggart que le permitirá actualizar la idea de «futuro pasado» y modelarla desde una perspectiva filosófico-histórica. Tal ontología, construida sobre la distinción de dos sucesiones temporales distintas que permiten considerar el pasado, presente y futuro bien desde la perspectiva de las expectativas pasadas, bien desde

la perspectiva de la experiencia presente, llevará a Rohbeck a hablar de un «futuro presente» en contraposición al «futuro pasado» de Koselleck. Así, es posible formular de nuevo la relación entre experiencia y expectativa, para modificar la idea misma de futuro, que ya no es concebible como continuación de lo que fue, sino como espacio de visibilidad o de proyección de alternativas ya existentes.

Aquí cristaliza el tema esencial de esta Filosofía crítica de la Historia: pensar la relación entre espacio de experiencia y horizonte de expectativa desde una perspectiva práctica. La relación entre ambos términos, que permite incorporar el futuro como historia posible, no plantea un problema meramente teórico—fundamentalmente, la imposibilidad de realizar pronósticos completos capaces de escapar a la novedad de experiencias futuras—, sino que impone ante todo una tarea práctica. A saber, la de tender el puente de la acción responsable entre los dos polos de la experiencia subjetiva de la Historia. Frente a un único horizonte de experiencia koselleckiano y el rechazo radical de todo horizonte expuesto por Derrida, Rohbeck se coloca en la estela de Rousseau, Nietzsche o Benjamin y plantea un horizonte de experiencia plural. La filosofía de la historia pone en duda de este modo la linealidad de la Historia, su carácter cerrado, concluso, al tiempo que la comprende como proceso múltiple y abierto en el que existen alternativas concebibles y realizables, expresión de aquellas líneas de tradición que hayan sido olvidadas o silenciadas. Rohbeck concretará y hará operativo este programa mediante el análisis de la explicación contrafáctica, que permite «poner en cuestión falsas linealidades, teleologías aparentes y necesidades supuestas» (p. 209), y mediante el análisis de la contingencia

como objeto propio de la teoría y de la filosofía de la Historia.

Finalmente, el último capítulo retoma la dimensión normativa de la historia que el historicismo, con su tendencia positivista, tendió a silenciar. Puesto que el enfoque práctico de Rohbeck se opone a la desvinculación entre el discurso filosófico-histórico y ética, fruto de la reducción de la filosofía de la historia a metodología y análisis de conceptos temporales, la cuestión se plantea de la siguiente manera: ¿complementa la filosofía de la historia a la ética? ¿Contribuye de algún modo esta perspectiva a la comprensión de la responsabilidad a largo plazo? La filosofía del futuro tiene por objeto acciones humanas inminentes y modificables, pero no acciones pasadas e irreversibles. Teniendo esto en cuenta, Rohbeck expone cómo la filosofía de la historia en su función estricta de filosofía del futuro contradice la interpretación «reaccionaria» de la tesis de la «indisponibilidad de la historia»: aunque la historia en su conjunto no es planificable, es posible, sin embargo, en cada punto temporal la apertura de horizontes concretos de influencia práctica dentro del acontecer histórico.

En suma: el lector que se acerque a la última obra de Johannes Rohbeck no solo encontrará una muy sólida defensa crítica de la Ilustración, apoyada en un conocimiento directo y minucioso de las fuentes, al tiempo que refractaria a las usuales «enmiendas a la totalidad» de la filosofía del siglo XVIII propias de cierta posmodernidad; también hallará un pensamiento filosófico-histórico homogéneo y preciso, capaz de estilizar conceptos propios de la historia conceptual sin traicionar su capacidad para «salvar los fenómenos» históricos ni perder el contacto con el suelo ilustrado del que tales conceptos se nutren.

Adrián Granado García